

Revista Phase 359 (2021) 128-131

¿Una LITURGIA PAGANIZADA?

Josep LLIGADAS VENDRELL

Si uno se acerca a los inicios del cristianismo y se pregunta por los motivos por los que tuvo la aceptación que tuvo, creo que la respuesta podría resumirse básicamente en estos enunciados:

En primer lugar, los cristianos tenían cosas que decir, y ofrecían un relato centrado en una persona, Jesús, por medio de la cual podíamos encontrar a Dios, y que mostraba un camino valioso para la vida en este mundo y más allá de él, y todo ello frente a una mitología que no tenía relación ni implicación en la vida humana.

Josep Lligadas Vendrell, doctor en teología.

En segundo lugar, los cristianos vivían su fe con una convicción total, aunque ello les acarrearía persecución y muerte, especialmente por su negativa a aceptar a ningún señor que no fuera el Señor Jesús, y por negarse, en consecuencia, a aceptar la sumisión absoluta al emperador divinizado y la participación en los cultos oficiales, que eran, para ellos, cultos a otros «señores».

En tercer lugar, los cristianos, a diferencia del paganismo, ofrecían un tipo de religión, una fe, que estaba estrechamente vinculada a una determinada forma de vida y a unos valores que se resumían en el amor simultáneo a Dios y a los demás, y que estaban en contradicción con la estratificada sociedad del imperio, lo que resultaba atractivo para los pobres, pero también para muchas otras personas con inquietudes humanistas.

En cuarto lugar, los cristianos tenían claro que en el pobre y en el débil se manifestaba el rostro de Dios, lo que implicaba dedicarles una especial atención y cuidado, algo que era, como hemos dicho, absolutamente desconocido en la cultura del mundo pagano. Se trataba, realmente, de una revolución cultural que los cristianos hacían realidad en la atención a los necesitados, a los enfermos, a las mujeres y los niños, a los esclavos.

Y en quinto lugar, los cristianos sintetizaban todo lo anterior en el tipo de culto que celebraban. El culto pagano consistía en unos ritos que realizaban los sacerdotes y a los que el pueblo asistía, e intervenía en ellos mediante algún gesto simbólico. En cambio, el culto cristiano era, como elemento central, un encuentro en el que los participantes se sentían personalmente vinculados, compartían la vivencia de la presencia de Dios y la unión con Jesucristo, hacían ritualmente presente esa unión mediante la fracción del pan, oraban, recibían la enseñanza de la fe, buscaban la fuerza comunitaria para seguir adelante en su fidelidad al compromiso cristiano, e intentaban responder a las necesidades de todo tipo que se pudiesen plantear.

Partiendo de estos enunciados, y en especial del último, fijémonos ahora en algunos planteamientos litúrgicos actualmente en boga. Y empezaré poniendo un par de ejemplos.

El 8 de diciembre del año pasado, día de la Inmaculada Concepción de María, participé de la Eucaristía en una parroquia considerada relevante. La liturgia estaba muy bien preparada y muy bien ejecutada, con la solemnidad conveniente, con una presencia importante del canto en los momentos adecuados, y con un coro que estaba a la altura. La asamblea seguía la celebración devotamente.

Pero yo no me sentí cómodo. Y es que todo resultó muy hierático. El presidente de la celebración no nos sonrió en ningún momento ni hizo ningún gesto de proximidad con los participantes. El coro cantaba muy bien, pero la asamblea se unía poco al canto. Y la homilía me resultó muy decepcionante, porque su punto de partida consistió en explicarnos que los cristianos lo somos realmente si aceptamos que Dios puede hacer lo que quiera en todo momento sin tener que darnos explicaciones, y por eso tenemos que creer que María fue concebida sin pecado original. Luego explicó los motivos que hacían conveniente este privilegio, y finalizó exhortándonos de nuevo a esa fe que acepta sin dudar las verdades reveladas. No dijo nada, o por lo menos yo no lo capté, que tuviera que ver con mi vida. Y, casi sin darme cuenta, recordé lo que mi madre me había transmitido, cuando yo era pequeño, sobre el valor que para ella tenía esta fiesta: una explosión de pureza en el más amplio sentido de la palabra, de blancura, de luz que brilla más allá de toda oscuridad. Y, con perdón, pensé que mi madre era mejor homilista que aquel ilustre sacerdote.

El segundo ejemplo es más simple y funciona por contraste. El 20 de enero es el día de san Sebastián, copatrón de mi pueblo por haberlo salvado de la peste en el siglo XVII. No es día festivo laboralmente, pero en la misa solemne de la fiesta, a las 12 del mediodía, acostumbra a participar bastante gente. Este año yo no pude asistir, pero a primera hora de la tarde me encontré que salían de un restaurante cuatro conspicuas feligresas, ya de una cierta edad, todas viudas. Les pregunté qué hacían allí y me dijeron que estaban celebrando san Sebastián. Que habían ido a la misa y, a la salida, pensaron que lo mejor que podían hacer era continuar la fiesta comiendo juntas. Y yo pensé que, sin duda, el presidente de la celebración les habría sonreído más de una vez durante la misa.

No sé, pero me da la sensación de que una parte de nuestros liturgistas, con su reivindicación de los ritos exactamente celebrados según el Misal, de la elegancia de las formas, de un determinado estilo de solemnidad, de la obsesión por el canto de todos los diálogos, aclamaciones, himnos y antífonas, de la sacralidad como signo principal de la fe, etcétera, nos están paganizando la liturgia. Lo importante, para estos liturgistas, es celebrar el culto como es debido, en el sentido más rubrical de la expresión, dejando de lado, o por lo menos dándole un lugar muy secundario, lo que la liturgia cristiana tiene de acontecimiento comunitario, de proximidad personal, de vida compartida, de anuncio estimulante de la presencia del Señor en nuestro camino. O sea, más o menos lo que hacían los sacerdotes del paganismo. Y si a ello le añadimos una homilía como la que antes he reseñado, en la que no se nos habló de la fe en nuestra vida, sino de misterios que tienen lugar en ámbitos alejados de nuestra existencia y que no nos afectan en nada, más o menos como si nos contaran el nacimiento de Venus entre la espuma de las olas, la paganización se hace aún más completa.

Evidentemente que la celebración de la Eucaristía tiene que ser digna, bien hecha, fiel a la fe de la Iglesia, lugar de vivencia de Dios y de Jesucristo. Solo faltaría. Pero al mismo tiempo tiene que ser la celebración de las personas, de la comunidad, de la vida que se comparte. Y debe serlo no solo como una teoría o una convicción interna que se supone que ya tienen clara los asistentes, sino como algo que se ha de poder experimentar a través de los signos y los ritos y a través de la forma y la actitud con la que estos se realizan.

Creo que el buen liturgista es aquel que ha entendido claramente, y promueve con decisión, una liturgia fiel a todo lo que caracterizó el culto cristiano de los inicios de la Iglesia y lo diferenció radicalmente del culto pagano.